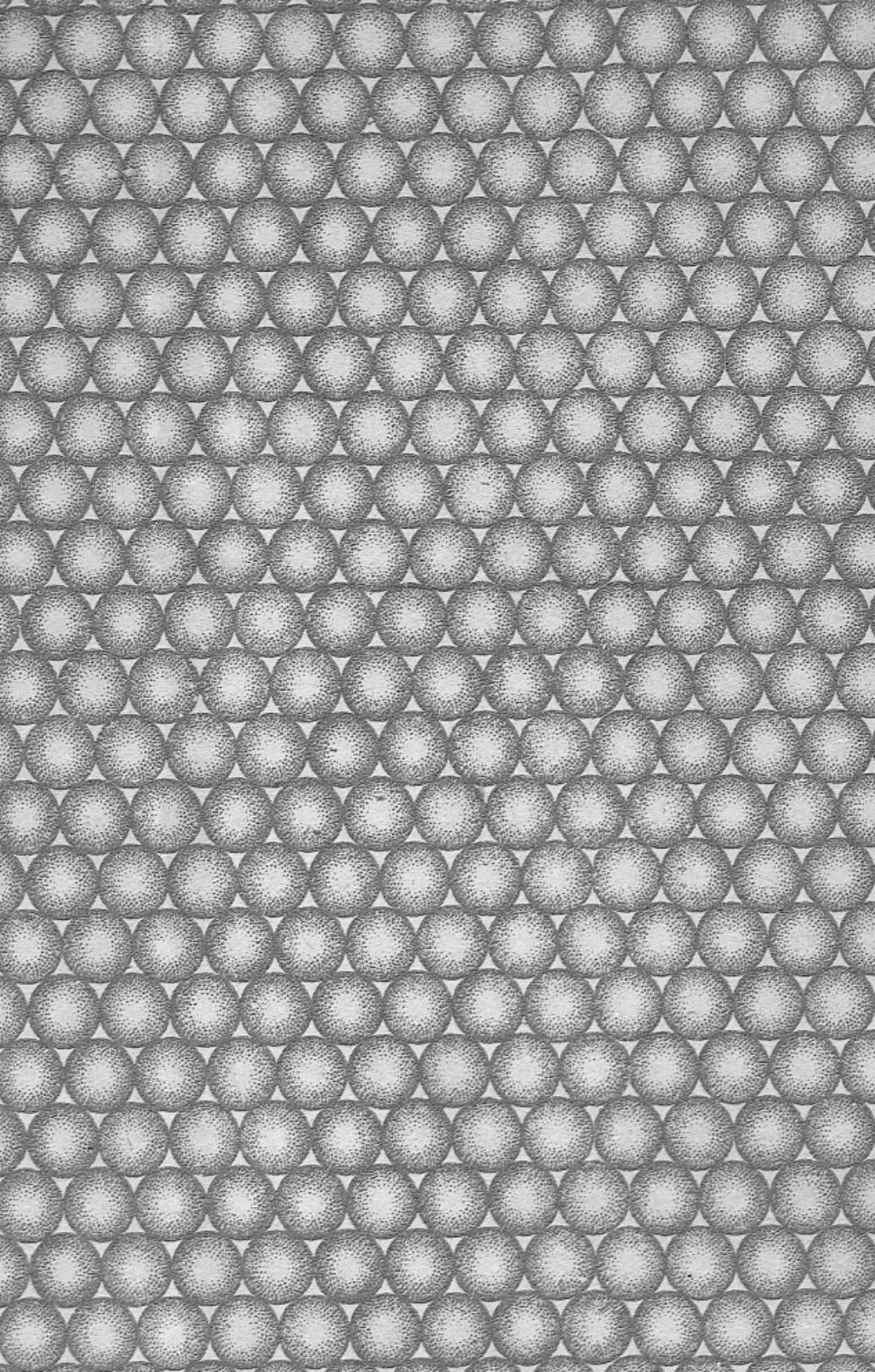


EX- LIBRIS









LOS
CONTORNOS
de
GRANADA.

EN DOS CANTOS

su autor

el C. de T. M.

Con una lamina.

Granada
Imprenta y libreria de
Lucbol.



LOS CONTORNOS

DE

GRANADA.

23
2466

LOS
CONTORNOS

de

GRANADA.

POEMA EN DOS CANTOS

su autor

el C. de E. M.

Con una lamina.

—  —
GRANADA.

IMPRESA DE D. J. M. PUCHOL.

Octubre de 1831.



CONTRATOS

GRANADA

TOMIA EN DOS PARTES

en un

de B. de B. de B.

Con una familia

GRANADA

IMPRESA DE D. J. M. PUCHOL

Octubre de 1831



AL LECTOR.



Nada es mas propio de la poesia descriptiva que el presentar á la memoria de los hombres aquel encanto y aquellas sensaciones agradables, que produce una belleza, digámoslo asi primitiva, originada de la naturaleza, clima y situacion de los pueblos.

Tiempo era ya de que una lira del Betis modulase las armonias del Dauro y del Genil, tiempo tambien en que una ciudad, verdaderamente histórica, oyera en favor.

suyo el idioma de la inspiracion y del entusiasmo.

El célebre autor del último *Abencerrage*, hablando de la fuente del *Avellano*, siente que no la hayan cantado las *Musas Castellanas*.

Esta inculpacion de una voz estrangera merecia ser atendida.

¿Pero deberia ser mi número el nuevo *Amphion* de esta nueva *Thebas*? Considérese á mi *Poema* como un ensayo, anímense ingenios sobresalientes, y pónganse en concordancia las maravillas del Cielo con las obras de los hombres.

Tal es mi deseo, tal ha sido el objeto de esta composicion.

Puedan sus versos corresponder al asunto

que los motiva; puedan interesar á las almas sensibles; pueda su dulzura, si la tuviesen, ser un recreo inocente; á semejanza del Iris en las nubes, que calme las tempestades desechas del corazon.



que los motivos; que en el momento de la
sucesos; que en el momento de la

1877

LOS CONTORNOS
DE GRANADA.

CANTO PRIMERO.

¡Oh! quien tuviera prodigiosa avena,
Para cantar, Iliberis preciada,
Tu claro cielo y situacion amena!
Viérase trasladada
Á mi mano la lira
De los que Apolo inspira,
Haciendo renácer con el buen gusto
El siglo de las artes y de Augusto.
Y vosotras, ó musas eminentes,

Cuyo acento al oído lisongea
Como á la vista el sol, mostraos clementes
Á mi ruego esta vez, y el tono sea
De vuestras harpas para el numen mio,
Como es para los valles el rocío.
Si altiva Troya en las edades vive
Cual astro en las esferas, por Homero,
Que en tanto trance fiero
De antiguos heroes el valor describe :
Si pinta con vehemencia
Las ínclitas hazañas
De naciones estrañas,
Debidas al arrojo y la esperiencia
De admirables guerreros,
Que en la arriesgada lid son los primeros,
Y causan el estrago en ocasiones
De naves, edificios y escuadrones;

¡Una ciudad dichosa
 Á quien naturaleza
 La dotó de belleza
 Mostrándosele amiga generosa,
 Cantada no sería
 En agradables versos algun día?
 ¡Salve, ó pueblo del Betis ornamento,
 Y en tu loor se ocupe, hable la historia!
 Yo á tu presencia entusiasmarme siento,
 Yo en estos versos cantaré tu gloria.
 Entre verdes colinas situada
 Y de un jardín inmenso circuida,
 Como se viera Chipre, está Granada.
 Cual alfombra aparece destendida
 Ya en declive süave, ya en llanura.
 Es su aspecto halagüeño;
 Respirase aura pura;

Los arroyos mormullan y dan sueño:
Y en su templado clima,
Y en su cielo apacible,
El corazon se anima,
Goza, late, es sensible,
Y vuela, ligerilla mariposa,
De jazmin en jazmin, de rosa en rosa.
Cual prodigio que elogios mereciera,
Y entre el rosado oriente y mustio ocaso
Alzándose á la esfera
Está Sierra-nevada,
Bella como los Alpes ó el Caucasó,
De antiguo celebrada,
Y cuya blanca cumbre
Al sol refleja, y á Granada envía
Con los fulgentes rayos de su lumbre,
Mayor amenidad, mas claro dia.

Luce en la tarde, luce en la mañana,
 Y en el reinado de la noche obscura
 Resplandeciendo con su frente cana,
 Es la nieve fanal puesto en su altura.
 Si se extiende la vista
 Desde su cima alegre y descollada,
 Se ve lo que mas dista,
 Y la nube que está cual toldo echada
 Sobre el profundo valle y la pradera,
 Bajo los pies se mira concentrarse
 Y á poco dilatarse
 Cual si otro cielo fuera.
 Se advierte entonces de su pardo seno
 Como el supremo Jove columbrára
 Desde el Olimpo hermoso,
 Salir el rayo que á la noche aclara,
 Al mismo tiempo que retumba el truenó

Cual clarin del espacio estrepitoso.
 ¡Qué océano de luz tras de la aurora
 Al frente de este emporio el sol presenta!
 Las altas cumbres de los montes dora,
 Y á las sombras ahuyenta,
 La accion restituyendo y dando vida
 Al orbe que yaciera conturbado.
 Con rápida subida
 Y en el trono del dia colocado,
 Gigante es de los astros poderoso.
 Desde su alzada via ; cual reparte
 Por una y otra parte
 Su ardor al mar undoso,
 Que sus aguas agita , y cual alegra
 Al bosque y selva negra
 Los desiertos y lagos alumbrando!
 Esplendoroso y para todos justo,

Va como padre, ó cual monarca augusto,
 Su dilatado imperio visitando.
 ¡Viérais, Iberos, como se descubre
 Desde esta altura la estendida Mancha,
 Y cuando el orizonte nada encubre
 Con su cándido velo, cual se ensancha
 El ámbito espacioso de la tierra!
 Si el llano, el bosque, y la morena sierra
 Divísanse á distancia por un lado,
 Por otro al celebrado
 Campo se mira que á Bailen circunda,
 Donde valiente y con heroica zaña
 Dejó el Leon de España
 Al Aguila del Sena moribunda.
 Corre allí el Betis por terreno hervoso,
 Célebre rio al par que caudaloso,
 Y cuyas frescas aguas, cristalinas,

Con plácida corriente
 Serpean entre valles y colinas,
 Ó bien mas vivamente
 Dilatados países recorriendo,
 Ya en el otoño, ya en la primavera,
 La abundancia feliz van espareciendo.
 Su estendida ribera
 Que á los ojos la muestra su verdura,
 De la Betica hermosa
 Cual si fuera una Diosa
 Semeja la cintura,
 Y un espacioso bosque y su maleza
 Parece la cabeza,
 Siendo el ramage y plantas los cabellos,
 Y el rio cinta que se enlaza en ellos.
 Hacia la parte opuesta; ó maravilla
 Á esta sierra eminente reservada!

Bañada por el sol se ve que brilla
El agua de los mares, azulada,
Cual pavimento de cristal luciente
Y espejo para el cielo juntamente.
La alegre costa y pueblos numerosos
Y del piélago inmenso la llanura,
Paisajes nos presentan deliciosos
Llenos de claridad y de hermosura.
Distínguense arboledas singulares,
Y oscilando en el aire con mecidas
Las palmeras del Africa venidas,
Los plátanos verdosos, los cañares,
La chirimoya dulce, que recrea
Como la miel hyblea,
Y siempre con sus ojas bien vestido
El naranjo, que el fruto amarillento
Entre sus ramas muestra. Allí ha reunido

Naturaleza, con plausible intento
Por ser clima feliz, las producciones
De todas las comarcas y naciones.
A la manera con que van las aves
Tendidas por los aires caminando,
Asi se ve á las naves
Las espumosas olas ir surcando,
Ora tranquilas, ora apresuradas,
Y á velas desplegadas
Con banderas flotantes.
Si de esta enorme altura
Se las ve tan distantes
Que como leves sombras se presentan,
Por la húmeda llanura
Se advierte como llegan ó se ausentan,
Protegidas de Eolo
Que las impulsa con su aliento solo.

Movibles edificios con que el hombre
Venciendo la distancia y elementos,
Obra nuevos portentos
Que dan realce á su glorioso nombre.
Plúgole asi al Destino
El poder y la industria fomentando,
Abrir nuevo camino
Al bien procomunal, é ir congregando
Regiones apartadas
Que fueran sin la náutica ignoradas.
Mas allá se descubre en otro cielo
Cual celage lejano,
Del inculto africano
El abrasado suelo,
Patria infeliz de la agarena gente
Que con llanto en los ojos ve á su frente
Esta elevada sierra,

Que le oculta á Granada,
Antigua patria suya, no olvidada,
Que tantas glorias y belleza encierra:
Idolo en quien se goza
Con recuerdos no mas, y la esperanza
De otra empeñada lid, otra venida,
Llena de confusion y destemplanza
Que á su pecho alborozaba,
Y de su falsa devocion nacida:
Sueño alegre no mas. ¡Oh inmensa altura
Que plugo al hado observatorio fuera,
Donde el vistoso cuadro apareciera
De un cielo puro y perenal verdura!
Desde esta elevacion, este orizonte,
Estendiendo la vista al llano y monte,
Una region descúbrese grandiosa
Que abraza pueblos y provincias varias,

Y tras la mar undosa
 Las comarcas contrarias
 De Cartago se ven y del Numida,
 Ahora habitadas del adusto moro.
 ¡Viérase en la estendida
 Capa del firmamento,
 Ya iluminada, el celestial tesoro
 De los rayos del sol, cuyo ardimiento
 Sin mengua en ningún tiempo conocida,
 Al espacio da brillo, al mundo vida!
 Como franquea el seno palpitante
 De la madre sensible, el delicioso
 Propicio nectar para el tierno infante,
 Brota igualmente un manantial copioso
 Aquesta sierra, cuyo blanco seno
 De útiles yerbas y de nieve lleno,
 Al Genil forma, río celebrado,

De otros vates cantado,
Y que serena lleva el agua pura
Cual la forma natura,
Ya por el verde soto discurriendo
Con movimiento escaso,
O la feracidad que halla rompiendo
De la enramada que le cierra el paso.
Rio, cuya corriente,
Va procurando silenciosamente
Con sus aguas el bien, como lo hiciera
El felice mortal que justo fuera:
Como va el arroyuelo
Que mormulla entre flores,
Y á sus aguas les da color el cielo,
Causando gustos y excitando amores.
Que nunca ¡ó suerte! del Genil se cuenta
Que se mostrase airado,

En recio temporal ó con tormenta,
Y el cauce desbordado,
Por los sembrados campos se estendiese,
Y las quintas ó pueblos destruyese.
No asi el Tiber nombrado,
Ni el Danuvio copioso,
Ni el Neva cabe el polo colocado,
Cuando reina Aquilon estrepitoso:
Que de furor henchidos,
Y con veloz impulso, cual torrentes,
Por el Genio del mal van conducidos
Rebosando por márgenes y puentes,
Y en nebuloso tiempo, tiempo aciago,
Como en diluvio nuevo
Ni brilla claro Phebo,
Ni en breve cesa el lamentable estrago.
Mas la naturaleza

No dándole á Genil esta bravura,
 Dió á sus aguas frescura,
 Dió á su margen belleza.
 Alamos numerosos y crecidos,
 Arbustos agrupados,
 Y árboles florecidos,
 Fórmanle en los dos lados
 Como si un rio del Elíseo fuera,
 Su variada plácida ribera.
 Beben sus aguas pueblos diferentes
 Que al pie de la alta sierra situados,
 Ven con ellas sus campos preparados
 A recibir fecundos las simientes,
 Que con mano tornatíl generosa
 Les da Ceres hermosa.
 ;Y oh como ondea con el leve viento
 Por su halagüeña orilla

La mies, rica, amarilla,
 Que susurra y le sirve de ornamento!
 La adelfa cuya flor es tan brillante
 Con su encarnado vivo;
 El provechoso olivo,
 Regalo de Minerva,
 La vid refrigerante,
 Que la salud conserva
 Y con que Baco adorna entrambas sienes,
 Son delicias perenes,
 Que á sus márgenes bellas acompañan.
 Mas cuando los confines
 De esta hermosa Ciudad sus aguas bañan,
 Pensil es todo ya, verdor, jardines,
 Como si en ellos su morada hiciera
 El Genio alegre de la primavera.
 Halla entonces la vista

Continua amenidad, diverso encanto,
 Y un estenso vergel en la ancha lista
 Alfombrada de lilas y amaranto,
 Que en seguimiento va del claro río.
 Los pámpanos verdosos
 Con los racimos rubios y apretados
 Descuélganse abrazados
 De yedra y de jazmines olorosos.
 De mirto, grato á Venus y á otras Diosas,
 Se ven grutas umbrosas:
 El almendro lozano
 Aparece entre yelos dando flores,
 Y el limonero que en invierno ufano
 Ostenta su verdura,
 El agrado procura
 Como frutal de Gnido
 Con azahar favorable á los amores.

El granado encendido
Con flor purpurea y de coral su grano,
El olmo que hasta el cielo va derecho,
Y el gracioso manzano,
Colocados estan de trecho á trecho
Bajo el benigno influjo de Pomona,
Que de yedra y de frutas se corona.
En medio de esta pompa y rica gala
Con que ha vestido el cielo
A este felice suelo,
A quien no facilmente otro le iguala,
Asentada se ve Granada hermosa
Cual sultana lujosa,
Entre el oro y brocado
Y cojines de Persia recostada.
Si tiene como escudo por un lado
A la sierra de nieves coronada,

Está por otra parte, otra avenida,
De verde cordillera circuida,
Y la bañan los rios
Dauro y Genil, que con sus aguas, flores,
Y aromas favorecen los amores
En parajes ya alegres, ya sombríos,
Al paso que las aguas de que abundan
Se estienden y fecundan
Por la planicie la anchurosa vega.
Hermano el Beiro de ellos sale y riega
El sembrado terreno
Con breve cauce de espadañas lleno,
Pero cual Ninfa en soledad contenta
Que si al florido valle se adelanta,
Presto se oculta con ligera planta.
Y se descubre al frente
Entre delgada niebla y espesura,

Con notable verdura,
 El Soto de los cisnes y faisanes
 Cual jardin colocado al occidente.
 Bosque frondoso que de los afanes
 Agricolas exento antiguamente,
 Ya le rompe el arado,
 Es fertil, bello, y Roma su dictado.
 Mas allá hay valles, mas allá un seguido
 Recuesto grato, y con placer se mira
 Luego la sierra Elvira,
 Que el Sarraceno no echará en olvido.
 La ven las artes para los cinceles
 Cual otra Paros, con la rica vena
 De la piedra especial de que esta llena,
 Que usára Phidias y elogiara Apeles.
 ; Mas cuan bella es, ó Dios, esa llanura
 Poblada de sembrados y frutales,

Y á cuyos troncos lleva sus cristales
El agua de las nieves fresca y pura!
Envuelta en flores, Ceres generosa,
Presenta en ella la dorada espiga,
Que á su caña la dobla, la fatiga,
Y mies ofrece al labrador copiosa.
¡Cuan bien lucen en ella el grato lino
Y el cáñamo vistoso,
El uno espeso y fino,
El otro mas crecido y vigoroso!
Asi á su tiempo alcanza
El afan recompensa. Las semillas
No dejando ilusoria la esperanza,
Muestran sus florecillas,
Que luego en otra forma, otro incremento,
Serán útil sustento.
La vid por todas partes numerosa,

En grupos y con tallo delicado,
 Produccion es graciosa,
 Cuyo fruto dorado
 Entre la yerba y pámpanos metido,
 Rubí es del campo, que el pesar destierra;
 Empero si en licor se ha convertido,
 La herida del dolor entonces cierra.
 De distancia en distancia
 Muéstrase en abundancia
 El árbol cuyas hojas dan sustento
 Al insecto sutil que viste al hombre
 En la Europa y el Asia, y cuyo nombre
 Siempre elogiado, en alto monumento
 A una remota edad llegar debiera.
 Ese extendido llano, esa pradera,
 Que se divisa en torno,
 La alfombra es de Granada, es rico adorno

Que Jove con su mano colocara
En la ciudad feliz que bien amara.
Maceta de la Betica yo miro
Esa vega de encanto abastecida,
Que la pública voz hoy apellida
Campo de Idalia, vega del Epiro.
Yo veo salpicados en su seno
Cien pueblos deliciosos,
Caseros vistosos,
Y amenas quintas con feraz terreno,
Cuyas torres simétricas y alzadas,
Al recibir del sol los rayos de oro,
Semejan á las cúpulas doradas
De la opulenta Tiro, cuando fuera
Del comercio tesoro,
Y en las artes y el gusto floreciera.
Veo tambien en próximo recinto

A esta corte del Betis,
 Como en Menfis y en Creta un laberinto
 De huertas dilatadas, numerosas,
 Cuyas frutas sabrosas
 De las copas altísimas pendientes,
 Serán para los ojos complacidos
 Festones bellos, plácidos presentes.
 ¡Cómo el ánimo entonces se dilata
 Si compara y medita! Util recreo,
 Donde habla el corazón, calla el deseo,
 No cansa el tiempo, ni el fastidio mata.
 Favonio suavemente
 Derrama por do quier su dulce aliento,
 Templado se ve al sol en occidente,
 Y el pecho goza celestial contento.
 Con placeres sencillos la natura
 Paz envidiable al corazón procura.

Sensaciones mas que otras peregrinas
Estas serán, y en tanto
Vida serán sin llanto,
Dia sin nubes, rosa sin espinas.
¿Para qué sirve la ambicion insana,
El ruidoso afanar, la pompa, el fausto?
Es sueño inquieto la existencia humana
Cuando está el hombre de virtud exhausto,
El carro polvoroso de la guerra
Ensangrienta la tierra;
La ambicion desmedida
Cual paladin vencido el polvo muerde,
Una niebla es del fango desprendida,
Es humo que en la atmófera se pierde.
¿Mas el bien podrá hallarse en el bullicio
Tras las delicias sin cesar corriendo?
El mortal, infeliz, cuyo egercicio

Es buscar la ventura en el estruendo,
 La paz de las virtudes no concibe,
 Y de ilusiones y esperanzas vive.
 Del acierto al error ¡qué diferencia!
 ;Oh Iliberis, yo canto tu excelencia,
 Y celebro tu vega dilatada
 A donde si se estiende una mirada,
 Entonces aparece
 La superficie igual de la llanura
 Como un mar de verdura,
 Donde el céfiro mece
 La flor del lino y las espigas blondas,
 Que cual se agita el agua así movidas
 De este apacible mar serán las ondas!
 Las aldeas, á trechos repartidas,
 Las creará el entusiasmo islas amenas
 Y las quintas frondosas serán naves

Ya ligeras, ya graves,
De granos, vinos y de fruta llenas,
Donde el cipres erguido
El pabellon será que va estendido,
Y las vides al rededor flotantes
Las flámulas brillantes.
Con variada forma y mil primores
Aquí borda con árboles y flores
Su rico manto la naturaleza.
La iluminada bóveda del cielo,
El lejano orizonte,
Las fuentes, rios y el matiz del suelo,
Espectáculo ofrecen misterioso
Que el filósofo admira,
El artista le copia silencioso,
Y el poeta le canta con su lira.
¿Qué mas la mente sábia imaginara

En bien de una Ciudad, cuando el destino
 Al fundarla benéfico, el camino
 De hacerla floreciente preguntará?
 El Tempé por los Griegos celebrado,
 El fresco Iliso, la castalia fuente,
 Y de Atenas el clima, es lo que ha dado
 A Ilíberis el cielo felizmente.

Mas si á la Aurora cándida y rosada
 El rui señor entona su alborada,
 No prosigue sin pausa en sus cantares;
 Ni el rápido torrente,
 Ni el viento ni los mares
 Agitados estan continuamente.
 Y si el hombre despues de la fatiga
 Al reposo se entrega,
 Y el sol su ardor mitiga

Cuando la tarde llega ,
 Tiempo será de que mi humilde acento
 Haga un breve descanso y tome aliento.

LOS CONTORNOS DE GRANADA.

CANTO SEGUNDO.

Sacude, ó Musa, el ócio en que yacieras,
Y cual antes con plectro dulce canta.
Ya las horas primeras
De la mañana rayan en el cielo:
Ya con ligera planta
Las gracias que acompañan á la Aurora
Descorren de la noche el triste velo
Y el sol tras ellas las montañas dora.
Liba ya el cefirillo

El caliz de las flores,
Y trina sus amores
En las ramas saltando el xilguerillo.
Y pues recobra el orbe accion y vida,
¡O Númen! con el arpa recorrida
La comenzada descripcion prosigue,
Antes que el estro falte ó se mitigue.
En tarde amena y hora no temprana
En que Phebo agradables repartia
Sus rayos de oro y grana,
Con apacible rostro yo subia
Por parage que al Dauro está cercano,
A la fuente ¡ó placer! del Avellano.
Breves entre la arena discurriendo
Las aguas de este río,
Que ni agota el calor ni hiela el frío,
Debajo de mis pies las iba viendo

Como si allí nacieran, y el collado
Del uno y otro lado,
Con un verdor nativo
Tan espeso, tan vivo,
Que se ocultaba el suelo,
Sin que mas se advirtiera
Que plantas por do quiera,
Colinas, frutas y el azul del cielo:
No lumbrosas cascadas,
Ni los bustos de Venus ni de Marte,
Que son obra del arte,
En este sitio hermoso aparecian:
Empero se veian
Naturales adornos
Por todos los contornos,
Laderos alfombrados
Con yerbas, con arbustos y con flores,

Plumages variados
 De los alados rústicos cantores,
 Y contrapuesto con la vid frondosa
 El color purpurino de la rosa.
 Deleitabile frescura
 Los céfiros bullendo conservaban:
 Leves mariposillas revolaban;
 Brillante era la luz, el aura pura.
 Plácidos arroyuelos
 Con süave mormullo,
 Semejante al arrullo
 De las aves que cruzan por los cielos,
 En hilos de cristal se dividian,
 Y besando á las violas y amarantos,
 Como ellos eran tantos
 Un tejido de plata parecian.
 Presentaba este eden aromas, fruta,

Y para el númen el placer tal era,
Que por celeste gruta
Del Empireo en el Dauro se tuviera.
¡O cuanto recreaba
El fresco vientecillo!
Era un bien recibillo
Plácido como el sitio en que soplabá.
¡Qué variado contraste allí se viera!
Montañas y colinas
Elevaban sus cimas á la esfera,
Y este vergel dichoso al que animaban
Espíritus risueños,
Era un bosque de gracias peregrinas;
Campo era sin abrojos,
Que daba al alma paz, gusto á los ojos.
Los montes en su altura
Mirábanse cubiertos

De inmutable verdura,
 Con el aire los pámpanos abiertos,
 Y cual palmas los tallos oscilando,
 Un fruto entre las hojas se veía
 Que al rostro la alegría
 Y al pecho la esperanza estaba dando:
 Bello el rosal, la adelfa con sus flores,
 Cerca el cantueso, lejos el olivo,
 Y el dulce canto de los ruiséñores,
 Placer ocasionaban tan festivo
 Cual le diera el jardín en que las Diosas
 Discordes la hermosura disputaban.
 En medio las graciosas
 Delicias que abundaban,
 Y que á la mente no dejaban quieta,
 Estaba la glorieta
 En que esta rica fuente

Brotaba el agua pura,
 Llena de claridad y de frescura.
 En derredor, de llíberis la gente,
 Bien la beldad, el joven, y el adulto,
 Mostraban darle culto,
 Y cual Nayade bella
 Asi les daba ella
 El agua cristalina que vertia.
 En el ardiente estio,
 En primavera, en la estacion del frio,
 Es nectar de las nubes, que no enerva,
 La sed apaga, y la salud conserva.
 Frondoso bosque, célebre páisage,
 Y fuente que en su margen Dauro tiene
 Mas bella que Aretusa y que Hypocréne,
 El profundo homenaje
 Recibid de mi musa,

Que alegre canta y no querellas usa.
 Subsista ¡ah! como el tiempo vuestra gloria,
 Y vuestra imagen viva
 Distinguido lugar tenga en la historia.
 ¡Qué grata perspectiva!
 Casas entre arbolado, que blanquean,
 Y entre uno y otro monte salpicadas,
 Á la vista recrean
 Como si fueran piedras engastadas
 En tela fina y con el oro puro
 Sobre un fondo de azul ó verde obscuro.
 Y aquel asilo santo
 Que se divisa al frente
 Opuesto al bosquecillo de esta fuente,
 Es puerto al infortunio, enjuga el llanto,
 Y con su aspecto serio,
 Su silencio, su paz y su misterio,

Emocion religiosa el alma siente.
 Empero Musa ahora
 Con mas vivacidad, mas bello tono,
 Canta á Generalife, en que atesora
 La arquitectura antigua su riqueza,
 Al mismo tiempo que naturaleza
 En él situa su florido trono.
 En amena colina
 Que á la margen del Dauro está vecina;
 Se ve este Alcazar regio
 Que las glorias del Arabe acrecienta.
 Un juego de columnas le sustenta
 Blancas como la nieve:
 Fino el dibujo y bello es el relieve
 Que presentan sus muros
 Como el acero duros.
 Salas bien compartidas y espaciosas,

Galerías corridas,
 Pinturas escogidas,
 Y fuentes numerosas
 Que forman mil primores,
 De Palacios le hicieran ser egemplo.
 Por sus jardines, arcos, saltadores,
 Su elevacion, adorno, sus placeres,
 Pasar pudiera por el fausto templo
 De Venus en Cyteres.
 Yo le he visto: las Gracias le habitaban:
 Había alli amorcillos,
 Volaban cefirillos,
 Y aromas el ambiente embalsamaban.
 Sus labrados salones
 Yo absorto recorria,
 Y ver me parecia
 Unas sombras errantes

Dirigidas á mi con paso lento.
En aquellos instantes
Á otras edades trasladarme siento.
;Pero oh Cielos que miro!
De un obscuro retiro
Salir yo veo un venerable anciano :
Augusto es su semblante,
Su barba espesa y su cabello cano.
Su vista es penetrante,
Mesurado su andar, grave su acento.
Era el Árabe Genio del recinto
Al alto nombre de su estirpe atento,
Que á la presencia mia
Suspiraba y decia
Con su mirar al Cielo convertido,
La mansión de las Huris esta ha sido,
Y por dicha lo fuera

Si al Hacedor pluguiera.

Esta sala risueña y espaciosa

(Asi continuaba)

Era donde habitaba

Zoraida, que era joven y era hermosa.

Este era el tocador, aquel su baño;

La habitacion aquella de su esposo;

Aqui do Abenhamet labró su daño;

Este en la siesta el sitio del reposo.

En frente á esos jardines,

Esta otra estancia, para los festines

Destinada se hallaba.

Delicioso parage

En que el arte ostentaba poderio,

Donde el soplo de Sirio no ofendia,

Donde el Favonio y el cercano rio

Fresco tornaban el ardiente dia.

Mira el Cipres erguido
 Destinado á las citas amorosas.
 En un hado fatal ha consistido
 Que aqui Zoraida con su amante hablase,
 Y con palabras dulces, cariñosas,
 Su amor entre suspiros declarase,
 ; Ilustres sombras, perdonad mi arrojó,
 Si á vuestros corazones los despojo
 Del empolvado velo
 Con que hace siglos que los cubre el cielo!
 Mortal dichoso, ven y prosigamos
 Por este vallecillo, esta verdura,
 Y en medio de la pompa de natura
 Cual contrastan veamos
 Con su gala esta vez ilustres ruinas.
 Esas torres que ves y á do caminas,
 Sus antiguas almenas

De polvo y años llenas,
 Y esta puerta firmísima de fierro
 Á la gloriosa Alhambra pertenecen.
 ¡Qué históricos recuerdos nos ofrecen!
 Ella es la fortaleza
 Donde la media luna
 Ha brillado seis siglos con grandeza
 Teniendo de su parte á la fortuna.
 En estos diruidos baluartes
 Coronados de picas y de mallas,
 Y en estos murallones
 Protegidos del Dios de las batallas,
 Ondularon los árabes pendones.
 ¡Y ahora por varias partes
 Desúñense, y de musgo abundan ellos;
 Como si conviniera así perdellos!
 ¡Oh condicion de la Africana estrella!

¿De los Califas la memoria bella
 En la noche del tiempo dormiría?
 Esto el Genio decía,
 Y un ¡ay! fuerte exhalando,
 En la mansion real del Sarraceno
 Le ví con tardo paso ir penetrando.
 En otro siglo, de prodigios lleno,
 (El Genio era el que hablaba)
 Bajo de estos dorados artesones
 La flor de las hermosas habitaba.
 Este patio adornado de leones,
 Esta sala, esta fuente,
 Muestran como reciente
 La sangre del ilustre Abencerrage.
 Aqui el delito recibió homenaje
 Por el Zegrí insidioso tributado.
 Aqui fue la inocencia comprimida,

Y a queste marmol, insensible, helado,
Aun brota sangre como fresca herida.
¡Vieras llegar aqui cien caballeros
Con plausibles pretestos atraidos,
Y ser por el alfange divididos
Como inocentes tímidos corderos!
¿Dónde en aquel instante
La espada estaba del Señor brillante?
Mira esta sala alegre y espaciosa
Donde el rigor del tiempo no hace mella...
Arabe es su labor, su forma airosa:
Brillaba el solio en ella
Del Rey afortunado de Granada.
Esta estancia de jaspes adornada,
Con arcos, pabellones,
Con columnas y frisos
Ya labrados, ya lisos,

Y molduras en todas direcciones,
 Zoraida la habitaba, infausta Reina,
 Que aunque de gracias y atractivos llena,
 Una enemiga suerte
 Su vida en infortunio le convierte.
 Fue aquesta la prision en que se vido,
 Estas las insensibles duras rejas,
 Aqui exhalaba repetidas quejas,
 Víctima aqui de su ternura ha sido.
 ¡Oh triste condicion del ser humano!
 Contra el hado infeliz, contra la muerte,
 No basta nunca poderosa mano,
 No hay pecho alguno que resista fuerte.
 Desde esta galería prolongada
 Á lo lejos echando una mirada,
 El alma se complace reflexiva,
 ¡Y qué bello espectáculo aparece!

Poblacion abundante, alegre, viva;
 Una espaciosa vega;
 Agua que la ameniza y que la riega;
 Colinas agradables;
 Frondosos bosquecillos;
 Santuarios respetables;
 Paseos retirados y sencillos;
 Como las flores matizado el suelo;
 Horizonte estendido, un claro cielo.
 Estas bóvedas lindas cual la esfera
 Con elípticas curvas ingeniosas,
 Honran al arte que las produgera
 Como las vemos sólidas y hermosas.
 ¿Y en ellas las morales inscripciones
 No serán viva luz que el Cielo envía?
 Dictadas son por la sabiduría,
 Saludables lecciones

En que los siglos hablan, ciencia arguyen,
Y los delitos y el error destruyen.

«Próvido es Dios, su brazo es poderoso....»

El justo resplandece....»

El malvado perece....»

La virtud alimento es provechoso....»

Empero el crimen... la medida llena

De la ira del Señor.... es pan de arena.»

¡Excelente doctrina!

Cuanto mas á este Alcazar se examina

Lo raro mas con el primor se iguala.

Esta de los secretos es la sala

Para el tímido amante conveniente,

Donde la llama que en el pecho siente

La saca del olvido

La ciencia misteriosa del sonido.

¡Salve, morada, dije; de la gloria!

De la belleza, del merecimiento,
 ¡Cuán grato es conservar en la memoria
 El nombre insigne y el placer que siento!
 El Genio en tanto se sorprende, mira,
 Los ojos alza y con dolor suspira.
 Basta feliz Ibero, entonces dijo;
 Y en sitio no distante
 Nos vemos ya delante
 De otro edificio regio
 Por voluntad de un héroe levantado.
 Grandioso y bien trazado es su recinto:
 Obra es de Carlos quinto,
 Y las artes y el gusto le han labrado.
 Empero al agua y la intemperie abierto
 En él crece la yerba,
 La mano que le alzó no le ha cubierto,
 Y aunque es bella y magnífica su planta,

Como apenas su forma se conserva,
 Así mirarle el ánimo quebranta.
 Párase el Genio, con orgullo rie;
 Uno al otro Palacio
 Lo compara despacio,
 Centellean sus ojos, mas se engrie,
 Y con acento varonil esclama:
 El Árabe concibe y egecuta,
 Labra la piedra bruta,
 Concluye, perfecciona y logra fama.
 ¿Así el hombre de Iberia ha procedido?
 Ídolo suyo la indolencia ha sido.
 Veo á tu lado ¡ó Dios! al polvoroso
 Genio de las ruinas.... me es odioso.
 Dijo, y desaparecio tan velozmente
 Como de obscura nube
 La luz que baja y sube.

Entonces tristemente
 La Alhambra dejo, marchó hacia otro lado,
 Nuevamente adornado
 De apacible verdura
 Y con agua en las fuentes cristalina;
 Y en no distante altura,
 Que al vasto campo y la ciudad domina,
 Complácese mi mente: allí me encuentro
 Como si ya estuviese yo en mi centro,
 Y raras maravillas
 Presentan á mis ojos *las Vistillas*,
 Propio nombre asignado
 Á una alegre y tendida cordillera,
 Donde todo está bien, todo animado,
 Como si el Pélion ó el Parnaso fuera.
 ;Viérase allí en un plácido terreno,
 Como si se formara á nuestra vista,

Un bosquecillo natural, ameno,
 Donde el tiempo no cansa ni contrista!
 ;Viérase la planicie dilatada
 Con árboles, arroyos y cercados,
 Y de pueblos vistosos tan poblada
 Que parecè que en ella están sembrados!
 ;Viérase en fin la sierra
 Cuya elevada cima
 Al tiempo haciendo guerra,
 Parece se aproxima
 Á la region del trueno con su nieve,
 Donde apenas el águila se atreve!
 Seguia yo con ánimo esparcido
 Por declive süave,
 Dando entonces al olvido
 El ruidoso placer ó pena grave,
 Cuando ;ó plausible caso!

Preséntanseme al paso
 Deliciosos jardines,
 Y eterna primavera
 Que es de ellos compañera
 En medio de azucenas y jazmines.
 ¿Quién al mirarles se mostrárá adusto?
Cármenes se les llama, hermoso nombre,
 Con que ha querido el hombre
 Manifestar que en ellos reina el gusto.
 Ya veía alfombrada una ladera
 De mirto y amaranto,
 Ya oía el tierno canto
 De la tórtola fiel y lastimera;
 Ya en medio estos placeres,
 De Pomona, de Venus y de Ceres
 Las estatuas de yedra ví formadas.
 Pintorescas cascadas,

Albergues deliciosos,
 Agradables olores,
 Grutas, estanques, flores,
 Frutales numerosos,
 Y el sonante arroyuelo
 Que en sus aguas retrata al claro cielo,
 Á estos jardines en Edén convierten,
 Y templos son de Flora
 Que al paso que divierten,
 La paz del alma en ellos se atesora.
 Como suele pasar el caminante
 Desde un pueblo á otro pueblo que le agrada,
 Llevando su semblante
 Sereno, y la alegría
 En sus ojos al vivo retratada,
 De ese modo á Genil yo descendia;
 Y cuando en su frondosa

Margen risueña estuve recostado,
 Del ave melodiosa
 El himno me alegraba no enseñado,
 Leves eran del Sol los resplandores,
 Y en esta situación, el soberano
 De la noche, Morfeo,
 Benigno siempre, justo á mi deseo,
 Mis párpados entorna con su mano,
 ;Qué vi yo entonces, Musas celestiales!
 En apacible sueño,
 De los Elíseos campos eternos
 Miro el cuadro halagüeño.
 Observo bosquecillos olorosos,
 Árboles cuyas ramas brotan flores,
 Arroyos numerosos
 Del brillo y del color de las estrellas,
 Ninfas graciosas, bellas,

Agradable frescura,
 Agua corriente y pura,
 Y cual pensil de Gnido
 Dando verdura al campo, al hombre vida,
 La rica gala del Abril florido.
 Jamas en este Empireo el pecho siente
 El soplo ingrato del calor ardiente,
 Ni el Aquilon furioso
 De borrascas caudillo,
 Comunica su aliento proceloso.
 Puede el numen decillo;
 El odio muere aqui, duerme la envidia,
 Con el delito la virtud no lidia,
 Es el pecho sensible,
 Y la discordia horrible
 Cuyo cuerpo en la tierra y cielo toca,
 Ni altera la quietud ni al mal provoca.

Con el bien, no fundado en la esperanza,
 Un mar es en bonanza
 Este dichoso suelo,
 Y es apacible día
 Al que la noche umbria
 Nunca le cubre con su triste velo.
 Benigna siempre la naturaleza
 Con los mortales que ha favorecido,
 Echa en ellos su luz como un vestido.
 ¡Claridad para el alma, portentosa,
 Que en nada se parece
 A la ordinaria claridad dudosa,
 Que si con Phebo crece,
 La minoran las nieblas,
 Y es solo escaso bien, solo tinieblas!
 Desterrados los males
 Que vertiera la caja de Pandora,

El hombre que en el campo Elíseo mora,
 Se asemeja á los Dioses inmortales.
 Como á ellos, la ambrosía
 Le sirve de alimento,
 Sincéra es su alegría,
 La virtud su ornamento,
 Le respeta la muerte,
 No le persigue la contraria suerte,
 Ni el cuidado opresivo
 Le engendra el dolor vivo.
 Esto yo contemplaba,
 Cuando Ninfas hermosas
 Coronadas de rosas,
 Y que en sus manos harpas les veía,
 Con los alegres himnos que entonaban,
 La gloria del Elíseo así cantaban.

Gozo purísimo
 aquí se siente,
 como en oriente
 gusta da el Sol.

Plausible el mérito
 del Cielo obtiene
 como conviene
 palmas de honor.

Cual aves rápidas,
 bellas, canoras,
 pasan las horas
 en este Eden.

La mente en éxtasis
 dulce se mira,
 y un Dios la inspira
 risa y placer.

El gozo fulgido

de primavera
brilla, y do quiera
reina la paz:

La paz benéfica

cuyas delicias
loor y albricias
siempre obtendrán.

La Aurora cándida

esparce flores;
sus resplandores
no tienen fin.

Viva el Elíseo,

cuya alta gloria
graba la historia
con su buril.

Fue esta la letra; aplausos resonaron;

Y al exhalar mi pecho un fausto viva

Los ojos adormidos despertaron.
 Entonces conoció la mente activa
 Que le plugo al Destino
 Yo víese en sueños el Eden divino,
 Para que hallára su inmortal trasunto
 En las orillas del Genil risueño.
 En ellas si, en ellas halagüeño
 El paseo se ve, que fruto ha sido
 Del amor patrio con el gusto unido.
 Viva muéstrase en él naturaleza
 Con sus sencillas gracias adornada,
 Y del cielo la bóveda azulada
 Da mas realce á su especial belleza.
 Terreno fértil, campos curiosos
 Con fierro de Cantabria respaldados,
 Y en los opuestos lados
 Álamos diferentes, vigorosos,

Y otros en varias calles repartidos,
 A la mente enagenan,
 Cual las vistosas fuentes
 En las estremidades situadas,
 Y cuyas aguas puras y lucientes
 Saliendo en gruesos caños,
 Servir pudieran de agradables baños
 Á la inmortal Diana,
 En el purpúreo albór de la mañana.
 ¡Oh cuál deleitan los colaterales,
 Con jardines preciosos,
 Simétricos, iguales,
 Y donde el agua con variado juego
 En arcos elevándose lumbrosos,
 Les da hermosura y riego!
 Allí la fresca rosa
 Y la blanca azucena,

Encarnada la una y olorosa,
Cándida la otra y de fragancia llena,
Delicia causan, como los claveles,
Como el lirio morado,
Como el jazmin preciado,
Y las flores que crían los vergeles
De otros pueblos, á Ilíberis traídas,
Muchas del Asia y África venidas.
¡Qué mágico embeleso
En Mayo y en Abril se experimenta,
Cuando el Alba descorre el velo espeso
De la noche callada y macilenta!
El Sol cuando la esfera va cruzando
Con sus alas de fuego libremente,
Y de una y otra fuente
Las aguas que en el aire están saltando,
Son situaciones bellas

Como las mismas Gracias lindas ellas,
Son escenas al Iris parecidas,
En todo tiempo con placer sentidas.
;Y en la apacible noche, silenciosa,
Ya en el rigor de la estacion ardiente,
Cual agrada la Luna magestuosa
Al ir apareciendo lentamente
Por entre erguidas y frondosas ramas!
Astro es modesto sin fulgor ni llamas
Cuya amable presencia
Emblema es de candor y de inocencia.
;Mas en la orilla opuesta un alto Templo
Cuán augusto parece! Le contemplo
Al ver entre cipreses cual descuella,
De la piedad cristiana viva estrella,
Y hermoso santuario
Al ánima sensible necesario,

Que entre arboleda grata,
No de un todo cubierto,
La antigüedad retrata,
La soledad sublime y el desierto.
¡Mas qué feliz acaso! En la mañana
De un placentero día,
En que el Cielo sin nubes se veía
Recibiendo del Sol el oro y grana,
Las aguas del Genil yo vi agitarse,
Y al Dios que asiste en ellas presentarse
Con semblante apacible,
Y de guirnaldas y ovas coronado.
Todo á su aspecto se mostró sensible;
El aire embalsamado,
Las Ninfas adornadas,
Las aves en sus cantos esmeradas,
Y hecho silencio al fin de un breve rato.

En fuerza del prodigio que se viera,
 La Deidad se esplicó de esta manera.
 «¡Oh cuánto aquesta margen deliciosa
 De Flora recibiendo la fragancia,
 Aumenta á la natura su elegancia,
 Hace á Granada con su influjo hermosa!
 De Iberia maravilla
 Iliberis será, y al patrio celo
 Por la belleza pura con que brilla,
 Objeto digno que le otorga el Cielo.»
 Dijo y desapareció. Bien dulcemente
 Repite estos loores
 El clarin de la fama
 Que en torno suena y como debe aclama
 Al mérito eminente.
 Al punto mayor gozo,
 Se observa en nuestro suelo,

Aléjase el pesar, reina el consuelo,
 Y todo es ya placer, todo alborozo.
 No empero vemos siempre claro el día,
 Ni siempre está con rosas la pradera,
 Ni es única estación la primavera,
 Ni sin descanso el árbol fruto cria.

Así mi lira ahora

Pulsada del Genil en la corriente,
 Como ya á menos va su voz sonora,
 De un verde sauce quedará pendiente.

¡Á Dios, Ciudad del Betis!

Mi canto, que conserva tu memoria,
 Sea el himno de gloria
 Que tu ventura inspira.

Memorable es Palmira,
 Es célebre Byzancio, ilustre Rodas,
 Portentosas ciudades

Que en todas las edades
La pública opinion ha distinguido.
Sé tu feliz cual ellas,
Que como fueron bellas,
En la sima del tiempo no han caido.
Vive asi pues, y en sus anales grabe
La historia como sabe,
Tu ínclito nombre con buril divino :
Tal es mi voto; cúmplalo el Destino.

FIN.

